

Introducción

Aquella fue una guerra que demostró hasta dónde puede llegar el ser humano y qué es capaz de hacer a sus semejantes. En este conflicto mundial quedaron reflejados todos los elementos que definieron el siglo xx: la lucha por el poder entre dos ideologías totalitarias, la victoria de la democracia frente a la dictadura, el triunfo definitivo de la tecnología en los combates y el uso abusivo de los avances para el exterminio sistemático de la población. Fue un conflicto que sirvió para poner el foco sobre determinados aspectos y que lanzó una seria advertencia a la humanidad. La segunda guerra mundial es el capítulo más decisivo de la historia reciente de Alemania y seguirá marcando de un modo determinante la memoria colectiva de los alemanes en el futuro.

En los más de sesenta años que han transcurrido desde el final de este enfrentamiento entre naciones, los investigadores han conseguido dar respuesta a numerosas preguntas fundamentales: han esclarecido los orígenes históricos del conflicto, que se remontan a la primera guerra mundial, y han descrito el transcurso de los combates, desde las victorias alemanas en la guerra relámpago de Polonia y Francia hasta el hundimiento del Reich en Berlín en mayo de 1945, pasando por el giro que tomó la guerra ante las puertas de Moscú y en Stalingrado. Han desenmascarado las mentiras de una supuesta guerra preventiva contra la Unión Soviética de Stalin y han destapado los terribles crímenes que se cometieron en nombre de Alemania.

Y, sin embargo, en torno a esta guerra aún quedan muchos enigmas y leyendas por resolver. Todavía hay multitud de acontecimientos que no se han esclarecido y siguen apareciendo estudios verdaderamente asombrosos que ponen en duda conocimientos que hasta ahora se tenían por consolidados. El misterioso vuelo al Reino Unido que protagonizó el representante del *Führer*, Rudolf Heß, las opacas acciones de los comandos de los servicios secretos tras las líneas del frente durante la guerra, la influencia de las drogas y los medicamentos sobre las decisiones que tomaba Hitler como caudillo o el enigmático proceso de la Fortaleza Alpina en la primavera de 1945: todos estos misterios forman parte de los últimos grandes secretos de la segunda guerra mundial, que abordaremos en este libro.

LOS DOCUMENTOS SECRETOS DE HEß

La figura del representante de Hitler, Rudolf Heß, sigue siendo un misterio. ¿Qué buscaba en el Reino Unido? Setenta años después de su vuelo hacia este país, que finalizó con su salto en paracaídas sobre Glasgow y su posterior encarcelamiento en una prisión británica, aún quedan muchas preguntas por responder y se siguen alimentando las especulaciones: ¿fue aquel viaje, realizado seis semanas antes de que Alemania atacase a la Unión Soviética, un acto de locura de una personalidad desequilibrada o un serio intento de poner fin a una guerra entre los «pueblos germanos hermanos»? ¿Qué sabía Hitler de todo aquello? ¿Voló Heß por encargo del *Führer*? ¿Tenía que negociar un armisticio inmediato entre el Reino Unido y el Reich alemán?

¿O tal vez cayó Heß en una trampa? ¿Qué papel desempeñó el servicio secreto británico en este asunto? El enigma que rodea este capítulo esencial de la historia contemporánea se ve reforzado por el hecho de que en el Reino Unido aún no se hayan hecho públicos todos los documentos relativos a este episodio histórico, lo que no hace sino alimentar la idea de que se está ocultando información deliberadamente. ¿Por qué no hay todavía una transparencia total en el caso Heß?

Existen historiadores de prestigio que están siguiendo la pista de este misterio por los archivos de todo el mundo. Desde hace poco es

posible consultar el legado privado de la familia Heß en el Archivo Federal de Suiza, con documentos que permiten tener una visión directa del representante de Hitler, de su ascenso junto al dictador, de su implicación en los crímenes del régimen y de los verdaderos motivos que le llevaron a volar al Reino Unido.

El segundo misterio ligado al nombre de Heß es el de las circunstancias de su muerte. El preso número siete de la cárcel de Spandau pasó cuatro decenios encerrado, dos de ellos como único recluso de esta penitenciaría. Ni una sola de sus palabras salió al exterior. En la década de los ochenta, todos suponían que aquel anciano, que tenía ya más de noventa años, se llevaría consigo a la tumba el secreto de su vuelo al Reino Unido. Por otra parte, todos los intentos de los máximos dirigentes de la República Federal de Alemania por liberarlo habían caído en saco roto. La Unión Soviética se negó en redondo a avanzar por esa vía.

Sin embargo, en medio de aquel panorama se produjo un cambio con el que nadie había contado: de un modo completamente inesperado, el que por aquel entonces era el jefe de Estado de la Unión Soviética, Mijaíl Gorbachov, expresó su deseo de que los rusos pusieran en libertad al anciano Rudolf Heß, por motivos humanitarios, en el siguiente turno rutinario de custodia que les correspondiese en Spandau. Poco después, el 17 de agosto de 1987, la opinión pública internacional se enteró de la muerte del preso. La causa oficial del fallecimiento: suicidio por ahorcamiento. Pero ¿de verdad fue eso lo que ocurrió? ¿Qué hay de esas teorías que vuelven una y otra vez según las cuales Heß fue asesinado? ¿Existe alguna relación entre su vuelo al Reino Unido y su muerte? ¿Es posible resolver de forma definitiva el caso Heß?

MISIONES LETALES

A la sombra de los combates que se multiplicaron en todos los frentes entre 1939 y 1945, los Aliados y los alemanes libraron una guerra en secreto: la de las pequeñas tropas de soldados especialmente entrenados que cumplían encargos particulares (secuestros, atentados y actos

de sabotaje) tras las líneas enemigas. Algunas de sus empresas, que implicaron brutales combates cuerpo a cuerpo, sirvieron para completar la información disponible sobre el enemigo, como fue el caso del ataque aliado a Dieppe en el verano de 1942.

Con todo, la mayoría de las intervenciones de los comandos especiales perseguían más bien fines propagandísticos, como ocurrió con el atentado cometido contra Reinhard Heydrich, delegado del Gobierno de Hitler en el Protectorado de Bohemia y Moravia, al que el servicio secreto británico encargó eliminar en abril de 1942 por considerarlo un brutal tirano. Con aquella acción se perseguía además otro objetivo: incitar a la población checa a resistir frente a una Alemania que parecía invencible. Aunque en un principio Heydrich murió debido a la infección de sus heridas, aún se especula con la posibilidad de que la granada cuyos fragmentos alcanzaron su cuerpo contuviese un virus mortal.

También la liberación de Mussolini por parte de sus aliados alemanes ocupó en 1943 las portadas de los periódicos. El éxito del secuestro en el Gran Sasso, en septiembre de aquel mismo año, sirvió para recordar a la opinión pública que el tiempo del fascismo italiano aún no estaba acabado. La propaganda alemana presentó al oficial de las SS Otto Skorzeny como liberador del dictador, pese a que, en realidad, los autores de aquella hazaña habían sido los paracaidistas del Ejército del Aire del Reich, a los que se degradó como meros figurantes. Eso sí, fue Skorzeny quien llevó a Mussolini —que, por cierto, no se mostró muy entusiasmado con la idea— a la Guarida del Lobo de Hitler y quien recibió de manos del dictador la Cruz de Caballero.

Los británicos, por su parte, explotaron desde el punto de vista propagandístico el éxito del secuestro del general Heinrich Kreipe en Creta, en el que intervino una tropa del servicio Special Operations Executive (SOE). Poco antes de la invasión de junio de 1944, los Aliados querían demostrar que ningún comandante alemán podía sentirse seguro en su cuartel general. Y querían también distraer a los alemanes alejándolos de los planes del desembarco de Normandía con una acción en el frente del Mediterráneo. Lo sucedido acaparó los titulares de la prensa internacional, pero acabó perjudicando a la

población griega, que tuvo que sufrir la venganza de los alemanes: varios pueblos quedaron arrasados y cientos de cretenses fueron asesinados.

En marzo de 1945 los alemanes trataron de lanzar una señal a su propia población a través de una nueva misión: un comando de las SS saltó desde un avión estadounidense previamente apresado y llegó a Aquisgrán, ciudad que estaba bajo el control de los americanos desde el otoño de 1944. Allí sus miembros acabaron con la vida del alcalde que Estados Unidos había establecido en la localidad, Franz Oppenhoff. Aquella «operación Werwolf», ampliamente difundida con fines propagandísticos, corrió a cargo de los hombres de Himmler, en colaboración con las SS y el Ejército del Aire alemán. Fue una última intervención sin sentido en el «frente secreto».

LA HISTORIA CLÍNICA DE HITLER

Era necesario ocultar a los alemanes el temblor de la mano izquierda de Hitler. Por eso, el noticiero semanal suprimió de la grabación original la escena que traicionaba aquella particularidad —una escena que, sin embargo, se ha conservado por casualidad—. Con todo, el entorno del *Führer* sabía que su deterioro era más que evidente. El dictador mostraba síntomas de una enfermedad avanzada, posiblemente párkinson. ¿Estaba Hitler en un estado de salud adecuado para llevar las riendas de Alemania en plena guerra? Hasta ahora, los historiadores han considerado que sí. No obstante, estudios recientes arrojan dudas al respecto. Afirman que Hitler padecía un trastorno bipolar, que se vio agravado por un consumo excesivo y abusivo de medicamentos.

La figura central en todo lo relacionado con la salud de Hitler es su médico de cabecera, Theodor Morell, que comenzó atendiendo al fotógrafo del *Führer*, Heinrich Hoffmann, hasta que en las Navidades de 1936 pasó a estar al servicio del dictador. Desde entonces, Morell se mantuvo junto a Hitler hasta la muerte de este en el búnker de Berlín y siempre se mostró dispuesto a ayudarlo, aunque para ello tuviera que emplear dudosos remedios. Muy pronto a Hitler le resul-

tó imposible imaginarse su vida sin Morell. El doctor llevaba un diario secreto en el que anotaba los tratamientos que seguía su «Paciente A». Hoy en día es posible encontrar en archivos alemanes y estadounidenses documentos médicos de Hitler, entre ellos radiografías y electrocardiogramas, así como cartas del médico, que permiten reconstruir la historia clínica del dictador.

Cuando, a finales del verano de 1941, se vio frenado el avance de las tropas alemanas hacia Moscú, el *Führer* enfermó gravemente. A través de un electrocardiograma, Morell descubrió que Hitler padecía una arteriosclerosis que avanzaba de un modo evidente. Aquel diagnóstico se reflejó en el ánimo de Hitler. Sumido en un estado depresivo, incluso se planteó la posibilidad de sellar la paz con Stalin. Sin embargo, este no mostró intención alguna de llegar a un acuerdo y al final Hitler recobró sus fuerzas.

En los años siguientes, el estado de salud del *Führer* se agravó rápidamente. Tenía los ojos inyectados en sangre, caminaba encorvado y le resultaba difícil controlar el temblor del brazo izquierdo. A todo ello se unía la tortura de sus problemas de estómago. Visto de cerca, daba la impresión de ser ya un anciano, pese a que apenas tenía cincuenta y seis años. Sin embargo, hasta el día en que se suicidó el dictador siguió teniendo la última palabra en todos y cada uno de los asuntos.

La propaganda trató de ocultar cuidadosamente este aspecto de Hitler, que ni siquiera ha sido abordado en profundidad por los historiadores. Las últimas investigaciones de reconocidos médicos e historiadores, sin embargo, han reabierto el asunto de la historia clínica del *Führer*. En cualquier caso, no se trata de cuestionar aquí si Hitler estaba en pleno uso de sus facultades ni de relativizar con ello su culpa, sino más bien de determinar si su estado de salud influyó en su política y, de ser así, en qué medida lo hizo.

EL SECRETO DEL «U 513»

El objetivo de la guerra de submarinos era hundir la mayor cantidad posible de buques mercantes aliados para matar de hambre al Reino

Unido. Hasta 1942 los Graue Wölfe (o Lobos Grises) intervinieron con gran éxito en las rutas de navegación en conserva del Atlántico Norte. Sin embargo, cuando los británicos descifraron el código que utilizaba la máquina Enigma para el envío de las comunicaciones en clave, los que hasta ese momento habían sido cazadores se convirtieron en cazados. En la segunda guerra mundial, los submarinos alemanes lograron hundir 173 buques de guerra y casi 3.000 buques mercantes, además de acabar con la vida de más de 30.000 marinos del bando de los Aliados. El balance del lado alemán: el noventa por 100 de sus barcos se hundieron y las tres cuartas partes de sus aproximadamente 40.000 tripulantes de submarinos acabaron sepultados en el fondo del mar.

Desde que Brasil entró en guerra del lado de los Aliados, en 1942, los alemanes evitaron cada vez más surcar las aguas del Atlántico Sur —ya no tan seguras— para atacar en ellas los buques de transporte militar de los enemigos e interrumpir el suministro de reservas vitales para la guerra hacia el Reino Unido y Estados Unidos. Cuando en mayo de 1943 el submarino *U 513*, que había comenzado sus operaciones en enero de 1942, inició su viaje bajo el mando del capitán Friedrich Guggenberger en dirección a Brasil, hacía ya mucho tiempo que en todos los mares del mundo se libraba una sangrienta guerra.

El *U 513* hundió poco después a cuatro cargueros aliados frente a las costas brasileñas. Sin embargo, el 27 de julio de 1943 el piloto de un avión patrullero estadounidense descubrió al submarino alemán, que ya no tuvo tiempo de volver a sumergirse: dos cargas de profundidad alcanzaron su casco de acero y de los 53 hombres que formaban su tripulación solo pudieron salvarse 7. Entre ellos estaba el capitán Guggenberger.

Pasaron casi setenta años y aún se ignoraba en qué lugar exacto se encontraban los restos del submarino hundido. Se le daba ya por perdido. Por fin, en la primavera de 2012 pudo desvelarse definitivamente el secreto del *U 513*. Tras una larga búsqueda, unos investigadores brasileños lograron localizar la nave. Para ello les fueron de gran ayuda las indicaciones de los pescadores, que habían observado que en cierta zona del mar sus redes siempre se quedaban atrapadas

sin ningún motivo aparente. Mediante un sonar de barrido lateral, los investigadores encontraron un objeto de hierro de una longitud aproximada de setenta y cinco metros, que identificaron como un submarino. Un equipo germano-brasileño envió después a las profundidades de aquel océano un robot que captó las primeras imágenes del *U 513*, hundido a algo más de ochenta metros bajo la superficie marina. Solo entonces fue posible comprender cuál fue el verdadero final del último viaje de aquella nave y de su tripulación.

EL MITO DE LA FORTALEZA ALPINA

A principios de abril de 1945 partieron de la capital del Reich dos trenes cargados de armas y muy bien vigilados. Sus nombres en clave: Adler («águila») y Dohle («grajilla»). En ellos se transportaban casi todas las reservas de divisas que le quedaban a Alemania, así como el dinero en metálico del Banco del Reich; en suma, un patrimonio millonario. Poco tiempo después les siguió un convoy de camiones con más de nueve toneladas de oro. El objetivo de aquellos transportes era lo que se conocía como la «Alpenfestung» o «Fortaleza Alpina».

Ya en el otoño de 1944 el agente del servicio secreto estadounidense Allen W. Dulles oyó hablar de aquella «fortaleza» y envió por cable a Washington desde Berna una noticia francamente inquietante: los alemanes estaban convirtiendo la región alpina que se extiende desde el lago de Como hasta la ciudad de Wiener Neustadt en un *rédut*, un baluarte prácticamente inexpugnable, con fábricas subterráneas y centrales de mando, un millón de soldados con amplia experiencia en las batallas y provisiones para todo un año. Mediante aquel megalómano plan, Heinrich Himmler y sus compañeros de armas pretendían —según suponían con preocupación los Aliados— salvar el pellejo.

Hoy en día aún es posible encontrar en toda la zona alpina huellas de las previsoras medidas de los dirigentes nacionalsocialistas, como restos de proyectos de construcción gigantescos e instalaciones subterráneas de producción. La galería B de la mina de Ebensee, por

ejemplo, estaba destinada a almacenar la producción del «arma maravillosa»* V2 bajo el nombre en clave de Zement («cemento»). Con todo, aún no está claro si aquella Fortaleza Alpina era simplemente un farol de la propaganda o, por el contrario, un proyecto real destinado a implantar una completa y ultramoderna infraestructura militar. Los Aliados, al menos, se inclinaban en 1945 por la segunda opción.

Así, poco antes de que finalizara la guerra, se desató una dramática carrera en dirección a los Alpes. Las tropas estadounidenses, que por aquel entonces se encontraban ya en Turingia, a apenas unos días de marcha de Berlín, cambiaron de dirección y se dirigieron hacia el sur, mientras que el 20 de abril de 1945 el cargamento de oro y divisas del Banco del Reich llegaba al cuartel de las tropas de montaña alemanas, en la ciudad de Mittenwald. Su comandante se atrincheró en las proximidades del lago Walchen. A principios de mayo los soldados estadounidenses, entre los que se encontraba el Goldrush Team, encargado de proteger el patrimonio robado, llegaron al fin a la Fortaleza Alpina. En junio de 1945, después de muchos interrogatorios, encontraron una pista del tesoro del Banco del Reich. Eso les permitió desenterrar y poner a buen recaudo buena parte de aquel patrimonio.

Sin embargo, sigue habiendo enigmas sin resolver en torno a este asunto. Muchos investigadores centran hoy sus búsquedas en la región austríaca de Ausseerland. No en vano, en las últimas semanas de la guerra la localidad de Bad Aussee se convirtió en refugio de los principales miembros de las SS, entre ellos el jefe de la Gestapo, Heinrich Müller, así como Adolf Eichmann y su mano derecha, Alois Brunner. Todos ellos contaban con grandes cantidades del dinero y oro que se habían llevado consigo y estaban preparando su vida para después de la guerra. Todavía hoy se considera la posibilidad de que muchos lagos del distrito austríaco de Salzkammergut oculten tesoros que esperan a que alguien los descubra...

En la actualidad, hay aventureros que viajan regularmente a la

* En el original, «Wunderwaffe». Esta era la denominación que el Ministerio de Propaganda del Tercer Reich empleaba para referirse a una serie de avanzadas armas que se emplearon en la segunda guerra mundial. (*N. de la t.*)

zona con la ilusión de que las montañas y los lagos de los Alpes revelen nuevos secretos y botines. Las informaciones relativas a las enigmáticas acciones que se llevaron a cabo en la zona en los últimos momentos de la guerra y los rumores de que, tras el conflicto, más de un habitante de la región se hizo rico de repente y de forma inexplicable no hacen sino alimentar su entusiasmo.

En cualquier caso, la búsqueda del oro nazi en la Fortaleza Alpina pone de manifiesto un hecho incuestionable: aun cuando ya haya transcurrido prácticamente una generación desde la segunda guerra mundial, los secretos de esta contienda siguen fascinándonos.